



Editorial

Humanismo y humanización de la cultura y retos del nuevo pensar

La filosofía se define como “el amor a la sabiduría” porque efectivamente debe comenzar amando antes que pretender saber. Para llegar a comprender, primero hay que desearlo; vale decir, asombrarse de no comprender, incluso temer no comprender (y ese asombro también le brinda un comienzo a la sabiduría); o bien sufrir por no comprender (y ese temor da igualmente inicio a la sabiduría). La filosofía no comprende sino en la medida en que ama (Jean-Luc Marion).

Hablar hoy de humanismo sigue siendo complejo, en primer lugar porque el término determina un momento cultural e histórico construido en el Renacimiento; en segundo lugar, porque la herencia humanista renacentista transpoló a la modernidad un antropocentrismo racio-instrumental que totalizó la realidad existencial de la contemporaneidad y produjo la crisis y el debilitamiento del concepto. En este recorrido, el término ha tenido un significado predominantemente histórico-cultural, responsable de alguna manera del aparato hegemónico de Occidente que peligrosamente ha reducido la



realidad y la existencia humana a ideologías basadas en el séquito de palabras que amplían la enunciada complejidad. El predominio de la metafísica del concepto y del carácter demostrativo de la razón moderna han anclado el pensamiento en una crisis y abocado lo humano a una catástrofe: un humanismo sin sentido y una humanidad deshumanizada, o al menos, carente de una fuerza trascendente y originaria que hace del pensamiento como *Logos* una experiencia o manifestación; un humanismo como conjunto de aparatos epistemológicos e ideológicos que, usados como discursos de poder, normas jurídicas o dogmas morales, alejan a la humanidad de una comprensión del acontecimiento vital humano. De ahí la desconfianza de Foucault: “El humanismo ha sido utilizado por marxistas, liberales, nazis, católicos. Lo que me asusta del humanismo es que presenta cierta forma de nuestra ética como modelo universal para cualquier tipo de sociedad. Me parece que hay más secretos, más libertades posibles y más invenciones en nuestro futuro de lo que podemos imaginar en el humanismo”.

Frente a esta concepción, hay que comprender el humanismo, lo humanista y las humanidades no como una ideología o sistema cultural e histórico, sino como una búsqueda sobre la verdad del hombre anclada en la estructura ontológica de lo humano, que permite transformar desde la acción o experiencia no sólo sensorial. Es necesario pensar lo humano, no desde la metafísica y su afán demostrativo, sino acudiendo a alternativas discursivas que en la fenomenología de la donación permiten mostrar, manifestar, acontecer otro sentido de humanidad. La cultura occidental, con su idea de progreso moderno, hizo sucumbir a la filosofía en su lenguaje originario que consideraba la relación mística-pensar, teología-filosofía, para sustentar en cambio una filosofía del concepto precursora de un discurso instrumental reducido a la lógica de la razón que desestima el pensar originario. Ante tal estado de cosas, se necesita vislumbrar una nueva manera de pensar que encuentre su claro en una fenomenología donde la lógica instrumental, el primado de la representación y del concepto no reduzcan la comprensión de realidad humana a meros constructos epistémicos, y en su lugar, proclamen la restauración de un pensar originario, místico, sin condiciones ideológicas o pretensiones faranduleras, en las cuales se depositan las reflexiones del pensar actual, para responder a la infinita realidad de sentido y búsqueda humana.

La clave interpretativa de un nuevo humanismo —el poshumanismo del amor— es la apertura. Por ello, ha de renunciarse a esa mirada radical de la tradición histórico-cultural que ha convertido el término humanista en un

concepto vacío, al servicio de las construcciones ideológicas de las líneas del pensamiento occidental, llevándolo hasta los extremos de convertirse en una herramienta homogenizante de la cultura que determina la diferencia entre lo bárbaro y lo humano. Abandonar esta radicalidad conceptual indicaría un camino del sentido humano desde la vivenciación (acontecer-pensar-actuar). El filósofo y el humanista en su quehacer se definen hoy por la tarea de humanizar la cultura, haciendo las veces de arquitectos que proponen una experiencia vital sobre la realidad humana. El redescubrimiento posmetafísico los aleja de las pretensiones de instaurar como pensar originario las ideologías, posturas y autores y los acerca a recrear lo humano —lo más humano— que debe poseer todo escenario de realización de la humanidad: permitir desde el amor la mirada al otro.

Aunque pareciese que el amor en esta reflexión poshumana es una cuestión accesoria, el arte de amar, lo desbordante del amor, su constitutivo espiritual y trascendente, su esencia divina, su condición de otredad, de vaciamiento de sí para el desbordamiento de la entrega, su oportunidad como llamado, su lenguaje místico, su condición ética-estética, su apertura y lugar de sentido, su experiencia vitalmente humana hacen del amor lo constitutivo en esta comprensión. Una hermenéutica de la fenomenología de la donación y la reducción erótica como expresa Jean-Luc Marión permiten en esa medida reorientar el quehacer de filosófico como “sabiduría del amor”, y proyectar desde ella un poshumanismo como lugar de la nueva filosofía primera.

Mg. Luis Alberto Castrillón López

